

APORTE DEL PARTIDO SOCIALISTA A LA DISCUSIÓN DE BALANCE, EVALUACIÓN CRÍTICA, AUTOCRÍTICA Y PERSPECTIVAS DEL FRENTE AMPLIO

“Ante la nueva situación que tenemos planteada nuestra respuesta nunca será enojarnos con la ciudadanía. El eje de nuestro análisis debe estar ubicado en la relación entre la política y la sociedad, reflexionando sobre la dificultades del vínculo de la izquierda en el gobierno con la base social, así como sobre la debilidad de los cambios culturales y el peligroso avance del discurso individualista y antipolítico, que fomenta y legitima la violencia.”

Declaración pública del Comité Central del Partido Socialista, 30 de noviembre de 2019.

INTRODUCCIÓN

El presente material surge de un proceso extenso y profundo de debate político. El mismo se inicia formalmente el 30 de noviembre del 2019, en la primera sesión del Comité Central del Partido Socialista luego de la derrota del Frente Amplio en la segunda vuelta electoral, y tiene cuatro hitos fundamentales: 1) la sesión de la Dirección del Partido el 8 de marzo de 2020; 2) el ciclo sobre autocrítica y futuro “Guillermo Chifflet” que transcurrió entre mayo y agosto de este año y dio lugar a un insumo escrito que circuló en nuestra estructura; 3) la posterior recepción de aportes de los organismos de base partidarios; y 4) una nueva instancia de discusión del Comité Central el pasado 8 de noviembre, que dio lugar a la conformación de una comisión de síntesis y redacción. Los productos de estas distintas instancias se encuentran parcialmente integrados y superados por este documento.

El ciclo sobre autocrítica y futuro “Guillermo Chifflet” fue una instancia virtual de discusión, abierta a toda la militancia socialista en 8 sesiones de intercambio, con una lógica horizontal y que contó con la participación de más de 150 compañeras y compañeros de distintos Centros Socialistas y Brigadas del país y de Buenos Aires. En el marco del mismo desarrollamos además 3 actividades públicas a través de redes sociales, que pueden encontrarse en las redes oficiales del Partido, en las que también participaron militantes sociales y políticos de otras organizaciones. El proceso, que tomó como disparador la intervención de nuestro compañero Guillermo Chifflet en la Cámara de Representantes el 6 de octubre de 2005, se estructuró en torno a 4 ejes: 1) Ética y conducta política; 2) ¿Cultura de oposición – cultura de gobierno?; 3) Relación política – sociedad; 4) Papel de la fuerza política y la militancia en el debate y la construcción de la unidad. Cada bloque dio lugar a un resumen escrito, construido a partir del informe de los moderadores de cada una de las etapas del ciclo, en el que se establecía un registro no exhaustivo de los puntos de vista que fueron planteados por las y los participantes.

Del itinerario que hemos realizado se desprende en primer lugar una valoración muy positiva sobre la pertinencia y necesidad de encarar este proceso de reflexión. A su vez, surge la importancia de continuar un camino de autocrítica, personal y colectiva, desde el Partido Socialista y el Frente Amplio, convencidos de que no hay que tenerle miedo a este proceso porque también es de autoconstrucción, aprendizaje y fortalecimiento de las herramientas políticas populares.

- Reflexiones preliminares sobre el concepto y la práctica de la autocrítica

Tras la derrota político-electoral del Frente Amplio la palabra *autocrítica* ha formado parte de casi todas las conversaciones en nuestros ámbitos militantes. Parece existir cierto consenso sobre la necesidad de emprender este camino, pero la propia saturación del concepto da cuenta de una polisemia que podría desnaturalizarlo o hacerlo perder eficacia. La autocrítica no surge espontáneamente, no forma parte de los comportamientos hegemónicos en una sociedad basada en la competencia y el egoísmo, sino que debe promoverse de forma deliberada en aras de contribuir a la sustitución de los valores dominantes, internalizados en cada uno de nosotros y nosotras.

A los efectos de precisar el enfoque desde el que nos situamos nos parece fundamental poner de relieve tres aspectos centrales que, desde nuestro punto de vista, pueden hacer de este un camino verdaderamente crítico y creativo, que nos permita aprender de nuestros errores, superarlos y retomar la iniciativa política.

En primer lugar, reivindicamos la autocrítica en clave de *proceso*: se trata de una actividad permanente que busca interpelarnos en nuestra praxis promoviendo pensar haciendo y hacer pensando. Concebirla en clave de proceso evita que la reduzcamos a actos puntuales que burocraticen su tramitación puesto que no se trata de pasar por la autocrítica, sino de integrarla -a punto de partida de este debate- a nuestro quehacer cotidiano, reconociendo que nos ha costado hacerlo y allí radica una de nuestras principales debilidades. Debido a que la autocrítica encierra un conjunto de valoraciones y juicios sobre comportamientos del pasado (más o menos recientes), constituye un territorio de disputa en el cual las diversas memorias y vivencias de los procesos pugnan por establecer el sentido de lo sucedido. No hay forma de resolver estas tensiones de una vez y para siempre sino que en cada presente, las memorias y los procesos políticos se actualizan y resignifican.

En segundo lugar, entendemos que, tal como indica el prefijo *auto*, esta reflexión nos exige pensar en lo hecho en primera persona, poniendo a dialogar el singular con el plural. Esta no nos parece una precisión ociosa ya que hemos advertido que, durante estos meses, varios reclamos de autocrítica devienen en la actitud de desplazar hacia otros las críticas legítimas, no asumiendo como parte de la reflexión la interpelación hacia la propia persona o colectivo que la plantea. Para nosotras y nosotros no se trata de buscar culpables o chivos expiatorios sino de

hacernos cargo, lo que no equivale a diluir o desconocer los distintos niveles de responsabilidad.

En tercer lugar, y sintetizando lo anterior, concebimos a la autocrítica como un *movimiento dialéctico, relacional*, donde no se trata de evaluar el comportamiento de actores aislados ni de extraer conclusiones esquemáticas o caracterizar momentos de forma estática, sino de pensar las relaciones y atravesamientos, siempre complejos y múltiples, entre diversos factores que se desenvuelven en una historia y en un contexto cambiante. Por nuestro método de lectura de la realidad tampoco podemos soslayar, como una mediación central para este discernimiento colectivo, el *análisis de las dinámicas de las relaciones de poder*, y en particular un adecuado *análisis de clase*, lo que difiere de un relato idealista escindido de la realidad pero también de un economicismo burdo o de un materialismo mecanicista.

Para el Partido Socialista, tanto este como los demás documentos que han circulado y circularán en el seno del Frente Amplio, no son un fin en sí ni tampoco constituyen un punto de llegada. Son, o pretenden ser, aportes disparadores. Desde nuestro punto de vista, no se trata de discutir documentos y llegar a un “documento final”. Los aportes escritos son un soporte para el necesario debate. La prioridad es la construcción de una “inteligencia colectiva” del proceso social y político -con sus aciertos y errores- que nos permita alcanzar una nueva síntesis. Si se logra la síntesis estaremos entonces en condiciones de encarar la acción política en unidad y con capacidad renovada de transformar la realidad, que de eso se trata. La crítica y la autocrítica sólo son eficaces cuando se incorporan a nuestras prácticas cotidianas, y para no esterilizarse deben expresarse en acciones concretas y rectificaciones que permitan trascender el mero debate teórico.

Por todas estas razones el “cómo” de este proceso es tanto o más importante como los contenidos que se plasmen en cualquier resumen. Estamos convencidos que el actual proceso de autocrítica debe realizarse con la mayor amplitud y participación, sintetizarse en un Congreso del Frente Amplio y además nutrirse de instancias de intercambio con organizaciones sociales y con ciudadanas y ciudadanos en todo el país. La autocrítica no es un trámite a terminar rápidamente, sino un proceso permanente que además no puede quedar reservado a las direcciones políticas. Sus conclusiones deberán también incorporar la dimensión del “cómo” a la hora de proponer cambios u orientaciones para la acción, y no restringirse únicamente a señalar “lo que hay que hacer”, error en el que solemos incurrir.

En ese sentido, el aporte del Partido Socialista no se agotará en este documento. Sin ir más lejos, el 12 de diciembre realizaremos un Encuentro Nacional de Militantes Sociales, abierto a militantes independientes y de otras organizaciones de la izquierda, y aspiramos a que sus conclusiones contribuyan a enriquecer nuestra reflexión-acción sobre autocrítica, perspectivas y estrategia.

D) EL CONTEXTO INTERNACIONAL Y REGIONAL

- De 2008 a 2019

El año 2019, en el que acontece la derrota electoral del Frente Amplio (FA), es para la humanidad un año bisagra entre las ondas finales de la crisis capitalista con epicentro en 2008 y la posterior crisis global signada por la pandemia.

La crisis económica y financiera que se desencadena en Nueva York en setiembre de 2008 va a confrontar dramáticamente al mundo con los límites de la globalización conducida y al servicio del capital financiero transnacional. Con la irracionalidad de un sistema basado en el incremento de la tasa de ganancia del capital a escala global, y en tanto esta se desplaza crecientemente a la especulación financiera, va a generar burbujas destinadas a estallar, concentración de las riquezas, desocupación, necesidades básicas insatisfechas, hundimiento de regiones y naciones enteras y aumento de la pobreza mundial.

A escala global se patentiza la contradicción fundamental del sistema capitalista entre las relaciones sociales y las fuerzas productivas, la concentración del capital y el crecimiento de las masas de desheredados y desheredadas, así como el deterioro del ambiente.

La única salida posible implicaría el control democrático de las fuerzas productivas y su aplicación con criterios de racionalidad para resolver las necesidades de la humanidad, preservando el ambiente, lo que exigiría una gobernanza mundial democrática, avanzando hacia un orden global más justo y racional.

Como es sabido la salida que se intentó fue, sin embargo, repetir la misma dinámica de la generación de la crisis, o sea salvar a los bancos, inyectándoles fondos frescos con recursos públicos (es decir, socializar las pérdidas), lo que implica que éstos retomen los procesos especulativos, instalándose así un círculo vicioso.

La denominada crisis de 2008 se acompañó además de la crisis ambiental, del aumento de las tensiones mundiales, guerras, terrorismo, afluencia de refugiados a los países centrales (fenómeno agudizado por las nefastas intervenciones del imperialismo estadounidense y la OTAN en el norte de África y en el cercano oriente), epidemias, y el surgimiento de expresiones autoritarias dentro del neoliberalismo y también de formaciones políticas neofascistas, asociadas con el racismo y el nacionalismo. Aún más lamentable que el

surgimiento de estas formaciones, que siempre estuvieron en estado latente, es la adhesión popular que recibieron, muy especialmente en los países desarrollados en sectores de la clase obrera. Este fenómeno, que debería dar lugar a un análisis más largo, se explica en gran medida por el fracaso de gobiernos socialdemócratas, que más allá de los logros sociales obtenidos por algunas experiencias del mismo signo en etapas anteriores, no supieron dar respuesta a las demandas de las grandes mayorías en las últimas décadas del siglo XX, terminaron recurriendo a parte del recetario neoliberal y por ende minando su credibilidad. Para decirlo de forma simple, fracasada la derecha moderada y tradicional, el pueblo buscó en las fuerzas de izquierda y moderadas una alternativa, pero fracasada esta también, se volcó a las opciones extremistas de derecha y volvió a una versión “aggiornada” del viejo nacionalismo fascista de la primera mitad del siglo, como lo podemos ver ahora mismo con el crecimiento de Vox en España.

En suma: crisis del capitalismo globalizado, crisis de civilización y desencanto con la democracia.

A nivel internacional se asiste en estos años al declive de los EEUU que mantiene su potencia militar, comunicacional e ideológica acompañada del surgimiento de China como la gran beneficiaria de la globalización. Rusia resurge, a partir de la guerra con Georgia de 2008 y se enfrenta en su área de influencia con los EEUU.

Ya no es un mundo unipolar, como pudo haberlo sido entre la caída del Muro y la guerra de Irak, sino de competencia interimperialista, donde las tensiones comerciales y políticas, sobre todo entre EEUU y China, se acentúan en los últimos años. El camino para la construcción de un orden mundial multilateral basado en la gobernanza democrática, la construcción de alianzas regionales y mundiales hacia ese objetivo, parece necesario pero lejano.

La pandemia de este año viene a agravar el cuadro global y pone de manifiesto las fragilidades tremendas del desarrollo capitalista: se globalizaron las finanzas pero no la democracia ni los sistemas de salud. Se pone de manifiesto así, una vez más, lo irracional del sistema. Salvar la vida, la salud y las necesidades de la humanidad no puede ser nunca resultado de las fuerzas del mercado.

- **La reestructuración productiva del capitalismo**

Si el sistema financiero es la gran aspiradora que se apropia de la riqueza y la distribuye en beneficio de sus principales accionistas, y trata de organizar el mundo en función de los

intereses de los grandes banqueros, quienes crean la riqueza a nivel global siguen siendo las y los trabajadores que participan en los diversos procesos productivos, manuales o intelectuales.

Hoy estos procesos están signados por la deslocalización, un fenómeno presente desde muy temprano en el desarrollo capitalista pero que ha tenido un fuerte impulso en las últimas décadas.

La deslocalización de los procesos productivos es posible gracias al desarrollo tecnológico y a la modificación normativa extendida en casi todo el mundo al influjo de la ideología neoliberal y de los gobiernos que se sustentan, a veces en forma explícita y a veces en forma vergonzante, en la misma. Una modificación normativa que se ha dado en llamar “libre mercado”, denominación funcional a la quimera de la libertad que tan bien manipulan los intelectuales orgánicos del capitalismo.

Este marco legal y de desarrollo tecnológico ha permitido que las empresas desplacen sus procesos de producción, según las ventajas en términos de menores costos de cargas tributarias, legales, salariales y obligaciones ambientales, que ofrecen los países. Esto ha puesto a los países en una penosa competencia por ofrecer mayores “beneficios”, que suponen, en último término, flexibilización laboral, restricción de derechos y libertades sindicales, renuncias fiscales, de soberanía y de derechos humanos, para lograr la radicación de la inversión extranjera directa como supuesta alternativa de desarrollo.

El proceso de deslocalización plantea en otros términos el tema de la dependencia. Ya no se trataría de donde están localizados los procesos industriales, sino de donde está localizado el desarrollo del conocimiento y la tecnología. La capacidad de los países de desarrollar conocimiento, tecnología y de agregarle valor a los productos primarios, daría la medida de su soberanía y de su capacidad de apropiarse de una parte mayor de la riqueza generada en el proceso productivo.

Esta mirada sobre el estado actual del capitalismo, determina una orientación para el encare de algunos aspectos claves de un modelo de desarrollo, como ser la inversión en educación e investigación, la política de inserción internacional, el tipo de acuerdos comerciales y de integración económica, el posicionamiento ante las normas de la propiedad intelectual, la valoración del papel del Estado en la economía tanto como “empresario” o como promotor de algunas áreas de actividad, el marco para la acogida de la inversión extranjera directa, etc.

- **El impacto en la región**

Los procesos de recolocación del capital, buscando bajos salarios y mayores tasas de ganancia, aparejaron, además de la desindustrialización del Norte, el desarrollo de las fuerzas productivas en Asia. Y a su vez, el desarrollo de estas regiones y la necesidad de alimentar a sus poblaciones operó como locomotora para otras regiones, como fue el caso de América Latina durante el ciclo de expansión de las commodities.

Asociado a esto, la región vive, en paralelo a los gobiernos del Frente Amplio en nuestro país, un ciclo de gobiernos populares y progresistas.

Los coletazos de la crisis global de 2008 van a afectar a la región que no puede mantener los ritmos de crecimiento económico. A nivel de cada sociedad, las pugnas redistributivas se acentúan, por un lado, el “espacio fiscal” que permitió implementar políticas públicas que sacaron a millones de personas de la pobreza se estrecha, y amplios sectores de la población demandan soluciones a sus necesidades básicas aún no satisfechas, por el otro las burguesías, ante ganancias menores demandan del Estado más beneficios fiscales y como contracara el recorte del gasto social.

Un fenómeno que se extiende y se profundiza en las Américas es el de la violencia y el narcotráfico. Al ya triste récord de ser la región que distribuye de manera más desigual su riqueza, se le suma ser la región más violenta del mundo. A modo de ejemplo, en nuestro país se dan modalidades delictivas que no tenían antecedentes. La derecha aprovecha la inseguridad adjudicándole al gobierno del Frente Amplio la responsabilidad de minimizar el problema, llegando a sugerir connivencia con el delito y falta de voluntad política para combatir el crimen. Situaciones similares se repiten en otros países de la región.

EEUU, desafiado en lo comercial por China, y preocupado por los procesos de afirmación de la soberanía nacional e integración regional que llevan adelante los gobiernos populares y progresistas, va a alentar políticas agresivas que le permitan asegurar su control en la región.

Naturalmente, no hay que ignorar errores propios de los gobiernos y de los partidos que los integraban, los que contribuyeron también a su derrota y al retorno de la derecha al gobierno.

Aquí se inscribe un movimiento de reflujo de los gobiernos populares y progresistas, a partir del golpe en Honduras (2009), en Paraguay (2012) y que alcanza su expresión más clara con la destitución de Dilma Rousseff en Brasil (2016) y la posterior elección de Bolsonaro en 2018, así como el golpe en Bolivia el año pasado, casi simultáneo a la derrota del Frente Amplio en Uruguay.

Pero la historia no se detiene y no está predeterminada, y la derecha no ha logrado consolidarse en el gobierno: Macri es derrotado en 2019, recientemente el MAS vuelve a Bolivia, en Chile triunfa la Constituyente, etc.

Cabe señalar aquí, como una reflexión crítica que debería incluir a todas las fuerzas de izquierda, populares y progresistas de América Latina, que sin desconocer la enorme significación política que tuvo la UNASUR, no se avanzó lo suficiente en la integración regional, muy especialmente en los temas productivos y comerciales, prevaleciendo muchas veces intereses de corto plazo producto de las diversas presiones corporativas en cada Estado, y posiblemente también como consecuencia de un insuficiente diálogo y entendimiento político, que nos permitiera pasar del plano declarativo al de la concreción.

Otra gran lección que nos deja el proceso político de los últimos años a los sectores populares y progresistas de América Latina es que para avanzar y consolidar el proceso de transformaciones se requiere de la permanente defensa de la democracia política y la vigencia plena de los DDHH, así como la extensión y radicalización de la democracia a los ámbitos de la economía y la sociedad. Sin lo primero los procesos de cambio pueden ser presa del autoritarismo; sin lo segundo la democracia se angosta y queda reducida a una versión liberal y por ende formal y excluyente.

II) LOS LÍMITES DEL MODELO PROGRESISTA

Si bien en nuestro país las propias políticas adoptadas por los gobiernos del Frente Amplio nos dieron cierto grado de blindaje y protección ante los avatares del mercado global y sus crisis, a partir de 2013 el modelo de desarrollo que fundamentalmente se había seguido, empieza a experimentar la retracción de la capacidad de generar ganancias y eso incrementa la disposición de la burguesía local a incidir para que el proceso de acumulación le vuelva a ser favorable.

El modelo, con cierta similitud con otras experiencias de la región, se basaba en el agro-negocio, la exportación de commodities, la inversión extranjera directa, el crecimiento del mercado interno, la formalización de la economía, el desarrollo de los servicios globales y la expansión del sector público como regulador y en algunas áreas también productor. Al mismo tiempo, el desarrollo de las políticas sociales, la legislación a favor de las y los trabajadores y las políticas salariales, hacían posible el mejoramiento de amplios sectores, en el marco del

desarrollo en conjunto del país.

Destaque especial merece nuestra diversificación y transformación energética que nos llevó de un país al borde del “apagón”, a un país que se ubica en los primeros lugares del mundo en generación de energía limpia y renovable, y que tiene un excedente exportable. En el mismo sentido debe señalarse la inversión en fibra óptica y digitalización, donde también nos encontramos en los primeros lugares del mundo. Ambas cosas constituyen plataformas imprescindibles para el desarrollo.

Es cierto que se atendía a las y los trabajadores estatales y a los formales del sector privado, mientras que sectores informales continuaban con carencias persistentes, por ejemplo en el tema de la vivienda.

También es notorio que para facilitar la llegada y el mantenimiento de inversiones, no se gravaba al capital como su capacidad contributiva y sus ganancias hubieran permitido y al mismo tiempo la percepción de sectores de las capas medias, sobre todo las que creen no tener una relación directa con el Estado, era que estaban sometidas a una mayor presión impositiva, lo que podía alejarlas en lo material y en el plano del reconocimiento simbólico con el gobierno del Frente Amplio.

Estos fenómenos se acentúan en el tercer gobierno. La burguesía, a través de las cámaras empresariales, plantea que el modelo está agotado porque el Estado oprime y ahoga al sector productivo, al que “genera la riqueza real del país”, sectores de las capas medias se sienten alejados y hay amplios sectores populares que sienten sus necesidades insatisfechas. En efecto, se observa un enlentecimiento de la distribución y procesos de deterioro en el empleo, con consecuencias más graves para algunos territorios y sectores de trabajadores.

En realidad, son expresiones de los límites a los que se enfrentaba el modelo de desarrollo que el Frente Amplio había logrado implementar y de la dificultad de avanzar en torno las definiciones programáticas que implicaban el cambio de la matriz productiva, el desarrollo local, la búsqueda del ahorro nacional y un mayor gravamen al capital, para un desarrollo sustentable y con mejor distribución de la riqueza. El capítulo ambiental, y las polémicas en torno al mismo y su articulación con la cuestión productiva, así como los problemas de la concentración y extranjerización de la tierra, son también componentes centrales del debate sobre el modelo y sus tensiones.

Este contexto abre la imprescindible discusión, que retomaremos más adelante, sobre si dada la acumulación social y política que logró la izquierda uruguaya (que en el plano electoral tiene su punto máximo en el 50.3% obtenido en la primera vuelta del 2004) los cambios logrados fueron los que podíamos aspirar, o si por el contrario nos faltó capacidad para avanzar

en las transformaciones.

III) LA CUESTIÓN DE LA HEGEMONÍA Y LA DIALÉCTICA DEL PROCESO DE ACUMULACIÓN

- La batalla por la narrativa

A partir de enero de 2018, la aparición del movimiento Un Solo Uruguay (USU), de su prédica y discurso, va a permitir que se difunda la pretensión de un nuevo sentido común.

Laclau plantea que en torno a un significante, una palabra que puede ser llenada con múltiples contenidos, los diferentes actores, por un juego de equivalencias, van ligando sus demandas que pueden ser complejas e incluso contradictorias entre sí. En el relato de la derecha, ese significante fue el del Estado, un “Estado parásito” que le saca a los que trabajan para darle a los “burócratas” o a los “vagos”.

Nosotros no pudimos hacer una construcción discursiva equivalente en lo que respecta a la carga convocante, simbólica e identificatoria. Y resulta paradójico y triste a la vez, que mientras la derecha se congregaba en torno a un discurso que condenaba a miles de personas incluidas en diversos programas sociales de nuestro gobierno, y estaba y está en su perspectiva recortarlos o eliminarlos, muchos de esos ciudadanos y ciudadanas no salieron a luchar por defender sus derechos. Y por cierto que no decimos esto para condenar a otros, sino para preguntarnos nosotros porqué los instrumentos que creamos para atender a las poblaciones más vulneradas no se convirtieron a su vez en herramientas sociales para apropiarse de las conquistas y defenderlas. Esto se articula con el debate sobre el *cómo* de muchas de nuestras políticas públicas, y con la pregunta abierta sobre hasta dónde logramos efectivamente articular dichas políticas públicas con el impulso de alternativas emancipatorias, construidas con y desde la propia sociedad, promoviendo su organización y autogestión, y alterando las relaciones de poder. Seguramente la respuesta no sea única ni lineal pero este debate genera un espacio fundamental de reflexión autocrítica en el que profundizaremos más adelante.

En nuestro país las capas medias son uno de los principales territorios que nos disputamos con la burguesía para construir hegemonía y ahí también perdimos.

En realidad, Un Solo Uruguay convoca un universo heterogéneo, hay sectores de capas medias rurales y algunas urbanas pero la clase reinante allí, la que conduce a este movimiento,

son los sectores dominantes de la burguesía agropecuaria. En el correr de los años 2018 y 2019, el discurso que difunde USU va a ser el del bloque conservador el cual va a conseguir su restauración hegemónica.

Tuvimos fallas en la generación y difusión de un discurso que diera cuenta de dónde venimos, lo que hicimos y a dónde vamos, que fuera claro, convocante, generara identificaciones y construyera identidades. Eso no lo hace solamente un programa, que por supuesto es imprescindible tenerlo y elaborarlo. Faltaron ideas fuerza que marcaran el rumbo y entusiasmaran o que permitieran aprehender o globalizar lo que queríamos.

Esto se vincula con las carencias para proyectar un rumbo que recuperara la carga ideológica del proyecto, que se vio debilitada en los últimos años. No vamos a persuadir ni a generar consciencia con la pureza de las formulaciones ideológicas, pero de ellas salen las mediaciones, las ideas, las imágenes y los relatos que pueden entusiasmar. Cuando las grandes mayorías internalizan en su propio ideal esos ideales, se construye la hegemonía. Eso lo pudo hacer la derecha. USU fue el crisol donde cuajó ese discurso.

Por último, para difundir una idea no sólo hay que tenerla, también hay que tener medios de difusión. Aquí cabría un capítulo aparte de una mirada crítica de nuestra acción de gobierno, particularmente en materia de medios de difusión masiva, donde si justo es reconocer que se dieron algunos pasos positivos, fueron absolutamente insuficientes, tardíos y lentos, y tras 15 años, en materia de usufructo de permisos y acceso, la realidad ha cambiado muy poco. Esto es, nuestras tímidas reformas no alcanzaron a modificar la correlación de fuerzas, pero dieron pie a una respuesta orgánica que llevó a que ANDEBU no tuviera prurito alguno en embanderar con las organizaciones adheridas a la primera movilización de USU, y se transformara en el mejor aliado de la oposición en su campaña hacia el triunfo de noviembre.

- **De la oposición al gobierno, del gobierno a la oposición**

Mirando todo este ciclo en la gran perspectiva de 35 años, se destaca que en la primera etapa que va desde la restauración democrática en 1985 hasta el triunfo de 2004 el Frente Amplio crece y acumula tanto desde el punto de vista electoral como social y que a partir de allí, coincidente con los 15 años de gobierno, se produce un proceso de declive, en términos porcentuales electorales, que nos conduce a la derrota de 2019.

¿Cómo podemos explicar esta dinámica?

La estrategia de acumulación de fuerzas

Desde la salida de la dictadura hasta la victoria electoral de octubre de 2004, nuestra estrategia de acumulación de fuerzas tuvo tres ejes fundamentales: la confrontación con la derecha, la construcción una alianza estratégica con el movimiento social popular y la elaboración y presentación pública de una alternativa programática clara a las políticas de los sucesivos gobierno de coalición del Partido Colorado y el Partido Nacional.

Esta estrategia tuvo en la actividad parlamentaria un componente de gran importancia, pero el centro de la misma fue la movilización social y política, el despliegue en la calle y a lo largo y ancho del territorio nacional de nuestra militancia y nuestros voceros, para difundir nuestro mensaje y acompañar la acción de diversos colectivos sociales en la defensa de sus legítimos reclamos e intereses.

A esa estrategia central se sumó a partir del año 1990 la acción desde el gobierno departamental de Montevideo, que confirmó la seriedad de nuestras propuestas y nos legitimó como fuerza política capaz de gobernar en beneficio de los y las vecinas. Otro elemento significativo fue la proyección de figuras políticas que generaron una enorme adhesión popular.

Mientras que los sucesivos gobiernos de los partidos de la derecha llevaron al país a la crisis de 2002, el Frente Amplio era la promesa de futuro. En ese contexto ser oposición y acumular no implicaban los riesgos y desgastes asociados al ejercicio del gobierno.

En el periodo anterior a 2004, la izquierda confrontó y aisló a los partidos tradicionales, articuló con el movimiento social y los trabajadores, sintonizó con las capas medias, con los profesionales e intelectuales e incluso con sectores de la burguesía que se sentían muy amenazados por las consecuencias de la crisis de 2002 lo cual se expresó en el acto de aquel año de la llamada “Concertación para el Crecimiento”.

Sin embargo, no nos parece adecuado idealizar este período. La crisis de la participación y militancia propia de todas las sociedades occidentales estaba ya instalada desde los 80. Un sector de la intelectualidad ya se ubicaba en una postura de academicismo pretendidamente neutro y alejado de la izquierda, la cultura del emprendedurismo individualista se insinuaba, había sectores juveniles que no se identificaban con la estética o la cultura del Frente Amplio, se difundía el neoliberalismo, que promovía la competencia y el consumismo como formas de integración social, y se expandían ciertas variantes del posmodernismo, como nueva expresión ideológica del capitalismo. Además, ni entonces ni ahora, se había terminado de procesar el duelo por el fracaso del denominado “socialismo real” ni un adecuado y justo balance histórico de esa experiencia de enorme relevancia durante el siglo XX, lo que dificultaba y dificulta elaborar otro modelo alternativo y potente.

En el plano ideológico ya había carencias y además -en tanto el proceso de acumulación de la izquierda se daba a través de la lucha política cotidiana, de las instancias electorales y del crecimiento de figuras que generaban gran arraigo en la sociedad, y así era exitoso- esa dimensión (la estrategia, el rumbo, la ideología), sin decirlo, era desplazada y además podía poner de manifiesto diferencias entre nosotros. Esto sucedía antes de 2004 y aún así ganamos

Antes de 2005 acumulábamos, entre otras cosas, porque éramos opositores al desastre que gobernaba. Al neoliberalismo le oponíamos otro modelo, el país productivo con justicia social. El mismo se encarnó en el gobierno en un modelo que no alcanzó a completar el desarrollo y la diversificación de la matriz productiva o a consolidar nuestra base social, la alianza de trabajadores, sectores populares y capas medias.

El nuevo escenario determinado por la asunción del gobierno nacional

Ejercer el gobierno implica una situación más compleja para los procesos de acumulación. La misma, no podía estar basada en la mera invocación a las políticas desarrolladas en el pasado reciente, pasaba por la realización de la propia propuesta, con todos los riesgos de contrastar la promesa o las expectativas con las realizaciones, con todo el posible desgaste de que los actos de gobierno siempre dejan margen para los desacuerdos, los errores y las fallas.

Más profundamente, la historia comparada muestra que todas las experiencias de izquierda que llegan al gobierno por la vía democrático electoral siempre se ven confrontadas a la tensión dialéctica entre 2 polos: avanzar en la aplicación del programa de cambios vs. mantener y ampliar la base social. Se busca la amplitud para ganar en los procesos electorales y se afectan intereses sectoriales en el gobernar. El proceso de transformación se sostiene y profundiza en la medida que se logre manejar adecuadamente esta tensión.

Avanzar implica afectar intereses, agudizar el conflicto, y por tanto alejarse de determinados apoyos sociales, pero eventualmente afirmar y conquistar otros. También conlleva el riesgo de ser enfrentado por los diversos factores de poder que se oponen al cambio y ser objeto de su acción desestabilizadora.

Mantener y ampliar significa intentar no generarse más adversarios, intentar no agudizar el conflicto para no perder apoyos sociales, y ganar paz para comenzar el proceso de cambios, pero se corre el riesgo de decepcionar y frustrar expectativas, y terminar siendo prisionero de las reglas del sistema que se pretende transformar.

Avanzar en el proceso de transformación requiere la posibilidad de construir un

consenso en torno a la necesidad y pertinencia del mismo. Se requiere el consenso activo de las mayorías populares para que el proceso de cambios continúe y se fortalezca. En caso contrario no hay transformación social. Pero hay medidas que afectan a unos u a otros y en ese juego de opciones se crea, se consolida o se destruye la conquista de las mayorías o la hegemonía en el plano de las ideas o del sentido común en la sociedad. Esa tensión se vivió en varios momentos durante nuestros quince años de gobierno, inclusive con la implementación de medidas que estaban claramente pautadas en nuestro programa, pero que no por eso dejaron de ocasionarnos conflictos, con corporaciones o sectores afectados -algunos del bloque dominante pero otras del bloque popular alternativo-, por supuesto con los partidos de derecha, y en nuestra propia interna, como fueron la Reforma de la Salud y la Reforma Tributaria.

Desde esta perspectiva cabría por tanto preguntarse críticamente si debimos avanzar más en nuestras transformaciones sociales, económicas e institucionales, aún a costa de agudizar el conflicto con el bloque dominante, haciendo uso de las mayorías políticas legítimamente conquistadas y del amplio respaldo social del movimiento popular, para consolidar nuestro proyecto, y si al no hacerlo, permitimos que se crearan las condiciones para nuestra derrota política y electoral. Deberíamos cuestionarnos además dónde estuvieron las fallas de la fuerza política y porqué no tuvimos capacidad de producir una síntesis que nos permitiera superar estas tensiones .

Una reflexión aparte corresponde realizar sobre la estrategia de la derecha política y social de impugnar la constitucionalidad de toda norma que cambiara el statu quo, intentando dirimir en un poder del Estado no sujeto a la voluntad popular.

¿Correrse hacia el centro o correr el centro?

A veces se quiere explicar lo anterior diciendo que la izquierda debe correrse al centro para ganar o mantener las mayorías sociales o electorales. Consideramos que esa es una formulación equivocada. En todo caso hay que tratar de que sea el “centro” social o electoral quien se corra a la izquierda. Mejor todavía es decir que la izquierda, si aspira a construir la hegemonía de sus ideas como nuevo sentido común, debe en cada coyuntura, paso a paso, hacer la mejor síntesis posible de los intereses de clase dentro de los sectores del Bloque Popular Alternativo, para poder consolidar en algunos momentos y avanzar en otros, aislando a las expresiones políticas de la burguesía.

Acá hubo fallas nuestras, fallamos en ambos aspectos, en el avance y en la acumulación. Y también en lo que respecta a la lucha ideológica y cultural.

- Resumen

Más allá de la explicación de las dinámicas de acumulación-desacumulación, en los últimos años operó en todos nosotros una suerte de desmentida del declive, una creencia soberbia y omnipotente de que la ciudadanía al final iba a valorar la mejor gestión o la mejor calidad humana y técnica de nuestros cuadros y que nos iba a votar nuevamente. Esto se asocia con las dificultades para la autocrítica desestimada como “autoflagelación” o ”hacerle el juego a la derecha”.

Un mejor manejo, por parte de la fuerza política, de la tensión entre avanzar en la acción de gobierno y mantener y ampliar la base social, hubiera implicado construir la hegemonía en el plano de las ideas y consolidar el Bloque Popular Alternativo, pudiendo entender a éste tanto desde el lado de la alianza de los mencionados sectores sociales o como la articulación del gobierno del FA, la fuerza política y los movimientos sociales. Una lectura adecuada de estas tensiones y su resolución debió trascender una concepción mecánico-burocrática que a veces se impuso al momento de evaluar las condiciones existentes para avanzar en tal o cual transformación.

Por supuesto que un proceso de este tipo nunca es lineal o perfecto. Siempre hay tensiones. A nivel macro, o sea desde la formación económico social, se pueden con más facilidad deslindar campos, por ejemplo desde la oposición de proyectos o de dos grandes bloques sociales. Desde la coyuntura y sobre todo cuando se ejerce el gobierno hay una mayor complejidad. La contradicción -secundaria desde la gran perspectiva, pero real y acuciante desde la coyuntura- puede darse entre los intereses sectoriales y corporativos y el gobierno.

El gobierno -y a su nivel la fuerza política- articula los intereses sectoriales, desde la perspectiva de un proyecto nacional. Por supuesto, nunca hay neutralidad, siempre hay una perspectiva de clase, en este caso las del bloque popular alternativo, que a su vez, es una articulación de clases. Nunca va a ser mecánica y a priori la correspondencia entre la acción del gobierno y la de un movimiento que defiende un interés particular. Articular estos intereses y conflictos es central para la acumulación cuando se es gobierno.

Construir hegemonía, en el sentido gramsciano, no es entonces trasladar mecánicamente intereses sectoriales. Y en ese sentido, siempre está la dimensión del conflicto sobre todo en una sociedad democrática y compleja. Resolver los conflictos, articularlos, en suma construir la hegemonía, es tarea de la política, y el resultado nunca es perfecto. Pero ahí estuvimos lejos de alcanzar la mejor síntesis y esa es también una de las raíces de la derrota.

Los sectores populares podían vivenciar, más allá de los avances, que había

necesidades insatisfechas, los sectores medios podían percibir como excesiva la presión impositiva. Sobre todo en estos sectores medios, las mejoras innegables en términos de bienestar constituyeron rápidamente “un piso cuasi natural” sobre el que proyectar nuevas necesidades, lo que por otra parte es lógico. Además ambos sectores podían compartir la percepción de que no se afectaba lo suficiente al gran capital, el cual era necesario captar para mantener el flujo de inversiones.

El Frente Amplio desde la oposición podía expresar más fácilmente al arco de sectores sociales del Bloque Popular Alternativo. Y también aliarse con los sectores políticos que conformaron el Encuentro Progresista primero, la Nueva Mayoría después y que al final se fusionaron orgánicamente con el Frente Amplio. Si bien nunca fueron grandes expresiones políticas y en algunos casos se trataba de sectores que retornaban al Frente Amplio -y en tal sentido no fueron la principal fuente de acumulación- su efecto más que matemático era simbólico: éramos nosotros la fuerza que crecía y reincorporaba, eran los otros los que perdían apoyos sociales y electorales.

El descaecimiento del nivel ideológico, que podía aparecer despejando el camino para volcar las energías a la labor de gobierno y que podía alejar el encuentro con incertidumbres, aspectos no resueltos y diferencias entre nosotros, tuvo consecuencias al final negativas para el proceso de acumulación.

La ausencia de un rumbo claro, la pérdida de entusiasmo e identificaciones colectivas, paradójicamente, alimentaba las divisiones basadas en perfilismos o intereses individuales y en el imaginario se iba instalando la idea de que no éramos fuerza de transformación sino un partido más que aspiraba a gobernar. Y a su vez nosotros nos dejamos instalar en esa perspectiva, confiando en que alcanzaba ser los mejores en ella. El espacio lo ocupaba la gestión de gobierno y la coyuntura inmediata, se consolidaba una tecnoburocracia y se alejaban recíprocamente el gobierno, el Frente Amplio y la base social. La perspectiva a mediano plazo que se mantenía era la del siguiente ciclo electoral.

Pero, sin desestimar esas instancias, centrales en la vía que hemos asumido, a veces sucede que el encarar un objetivo estratégico puede no acompañarse de seguridades en el cálculo electoral inmediato, aunque en la gran perspectiva se entienda que estas opciones son correctas y también puedan implicar crecer en lo electoral. Esto se manifestó en las vacilaciones para seguir adelante con el proyecto de Reforma Constitucional del año 2016. Las dudas sobre cómo incidiría en el cálculo electoral para 2019 detuvieron el proceso.

IV) LA FASE DE DESACUMULACIÓN, LA FUERZA POLÍTICA Y LA SOCIEDAD

“...los socialistas uruguayos hemos diseñado la estrategia de la Democracia Sobre Nuevas Bases. Dicha estrategia apunta, por un lado, a la conquista del poder político ganando la adhesión de las mayorías electorales, sobre la base del respeto de las reglas formales acordadas en el orden institucional. Por otra parte, se trata de crear poder popular desde los ámbitos de la producción, los barrios, los centros educativos, las regiones y los municipios, aumentando la incidencia de las organizaciones sociales y transfiriendo a ellas una parte del poder político y económico. Concebimos esta estrategia desarrollándose en un proceso temporal que tendrá sus aceleraciones y sus marchas lentas”

Declaración de Principios del Partido Socialista de Uruguay, Art.10.

Como ya hemos dicho, en el transcurso de los 15 años de gobierno nacional del Frente Amplio el país presentó importantes mejoras en sus indicadores económicos y sociales. Se logró la recuperación del crecimiento económico en un contexto distributivo (reforma de salud, tributaria, en la matriz de protección social, mejora de los salarios mínimos y las jubilaciones) y de afirmación de derechos de la clase trabajadora y los colectivos más vulnerados. En este sentido, los sucesivos gobiernos del FA, en mayor o menor medida, realizaron acciones que impactaron favorablemente en la vida material de las grandes mayorías y produjeron avances democratizadores.

Sin embargo, en este proceso se desarrollaron en varias ocasiones dinámicas burocráticas que impidieron la debida articulación entre quienes desempeñaban diferentes responsabilidades políticas y la base social. En consecuencia quienes estaban en el ejecutivo, gobernaban; las y los legisladores, legislaban; y la fuerza política se preocupaba por las acciones ya consumadas del gobierno mientras la militancia de base veía debilitado su rol de construcción y articulación política más relevante.

Este proceso impregnó la discusión a la interna del Frente Amplio que comenzó a priorizar los temas referidos a la gestión del gobierno, la coyuntura inmediata y el interés por el siguiente ciclo electivo, en detrimento de un debate político amplio y profundo respecto a los procesos sociales que vivía el país. También repercutió en un creciente debilitamiento de la presencia de nuestra militancia en el territorio nacional. La fuerza política fue desdibujando su perfil político, su cultura crítica, discutidora y propositiva al confundir apoyo activo al gobierno con ausencia de una reflexión crítica sobre su rumbo y decisiones. Muchas veces miramos más desde los espacios circunstanciales que cada uno ocupaba (en el gobierno, en la fuerza política y en la sociedad) que desde el proyecto y el proceso, y quedamos presos de una

cierta corporativización, débiles en el diálogo con la sociedad e impermeables a sus dinámicas y demandas genuinas. Así nos encerramos en debates donde perdimos la perspectiva global e incapaces de producir síntesis los convertimos en discusiones dilemáticas entre seguidismo al gobierno y seguidismo de la “opinión pública” o de los movimientos sociales, con un déficit notorio de discusión política tanto sobre el proceso del gobierno y la formación de opinión como sobre los cambios que ocurrían en la sociedad y en los movimientos sociales y sus dinámicas.

Mientras tanto las concepciones diferentes y a veces contradictorias que deberían expresarse y sintetizarse en la interna, se discutían en la prensa, generando desconcierto, malestar y desorientación entre las y los frenteamplistas y la población en general. El déficit de debate orgánico, el manejo a veces poco adecuado de las circunstancias mayorías y minorías internas, en una fuerza plural y compleja como es el Frente, y las dificultades para aplicar la regla del consenso, incidieron y a su vez se vieron reforzadas por esta situación. Todo esto consolidó en el imaginario popular la idea de fisuras y falta de definición en el rumbo. Este y otros factores produjeron una notoria retracción de la capacidad de trabajar en y con la sociedad y en consecuencia cumplir a cabalidad el rol articulador entre gobierno, política y demandas sociales.

Ante las carencias en la comunicación con la sociedad, tal vez producto de lo anterior, el relato ponía el acento en lo hecho, faltando un discurso claro que explicitara y fundamentara el rumbo. La confianza y el entusiasmo fueron decayendo con el tiempo, instalándose la idea de que éramos una fuerza que aspiraba a gobernar lo mejor posible, más que portadores de un proyecto de transformación social.

La retracción de la militancia se expresó en señales cuantificables que no se supieron aquilatar en su justa medida, como, por ejemplo, la votación en la interna de 2016. Mientras tanto, a lo largo y ancho del país, en territorios con densidad de población diferente, los procesos de segregación y fragmentación social producto de la implantación del modelo neoliberal en nuestro país persistieron, lo que nos habla de fenómenos profundos y consolidados a los cuales la incorporación de servicios del Estado por parte de los gobiernos del Frente Amplio no lograron dar una solución en términos de transformación radical.

En paralelo a este proceso, la presencia de la militancia frenteamplista en estos mismos territorios decayó fuertemente, lo cual también contribuyó a la fractura del nexo entre gobiernos, fuerza política y bases sociales, al no poder estas últimas colocar sus demandas en la agenda política.

A pesar del crecimiento económico y los cambios distributivos aparecieron indicios de fallas en cuanto al avance y a la acumulación. Las nuevas realidades sociales, culturales y comunicacionales exigían una nueva mirada que pusiera en acción estrategias de entendimiento y acercamiento con la militancia y de articulación con la sociedad en su conjunto, que permitiera consolidar nuestra base social, la alianza con trabajadores, capas

medias y con los sectores populares más desprotegidos sin identificaciones colectivas.

No logramos percibir los cambios en la sociedad que en gran parte fueron generados por nuestros gobiernos. Una sociedad que se manifestaba más compleja y fragmentada, con más consumo, y con expectativas individuales crecientes. Una cultura del bienestar más bien egoísta y una marcada despolitización de la vida cotidiana. Una cultura juvenil sui generis, la aparición de focos de violencia como forma de vida y el avance de un sentido común reaccionario y represivo. Todos fueron emergentes que no supimos interpretar y que a veces alimentamos .

A esto se sumó la ilusión de que el ascenso económico-social sería continuo, imaginario que atravesó la cotidianeidad de muchos uruguayos y uruguayas.

Mientras todo esto sucedía, la derecha ajustaba su estrategia y su relato, que difundió sin tregua a través de los medios masivos de comunicación.

Frente a esta compleja y dinámica realidad social lograr, mantener y profundizar la articulación y síntesis de estas nuevas contradicciones, relanzando la lucha ideológica y cultural, era el desafío. Desafío hacia la interna de la fuerza política y en la sociedad toda. Desafío que no asumimos y no dimos adecuadamente en ninguno de esos planos.

No logramos concretar, en toda la amplitud y profundidad necesaria, la transformación educativa. En ese ámbito se realizaron importantes inversiones que ampliaron notoriamente la cobertura en varios niveles educativos y se avanzó en algunos cambios de estructura, organización y funcionamiento, pero quedaron pendientes cambios sustantivos en la matriz donde se genera el pensamiento crítico de los hijos e hijas del pueblo y que integra y no expulsa, como decía Julio Castro, a “los de abajo”.

No fuimos capaces de avanzar lo suficiente en la democratización y transformación profunda de las Fuerzas Armadas y en la lucha contra la impunidad. En este capítulo incluimos los discursos erráticos en relación a la teoría de los dos demonios, pero también la incapacidad de desmontar definitivamente la doctrina de la seguridad nacional y la de dar pasos más significativos en materia de memoria, verdad y justicia. Otro capítulo crucial es el de nuestras dificultades para la implementación de políticas de seguridad y convivencia alejadas del punitivismo, que en varias oportunidades reprodujimos.

No supimos o no pudimos, como fuerza política en el gobierno con un enorme apoyo popular y una oposición desarticulada y desorientada (especialmente en el primer período) promover convicción y articular voluntades, para iniciar el largo y trabajoso proceso de construir conciencia. Se perdió la batalla cultural porque en gran medida no la dimos.

El avance en este sentido tuvo muchos riesgos, casi esperables en el ejercicio del gobierno de una fuerza tan plural: desacuerdos a la interna, diferencias en la interpretación y en la discusión política que estuvo más enfocada en el “arte de lo posible” que en el sostén ideológico. En consecuencia el diálogo con los respectivos sectores involucrados, como grupos interesados u organizados, se obturó.

En la búsqueda de un equilibrio posible, la síntesis se hizo muy difícil en temas medulares y de profundo impacto estructural, lo que repercutió en desgaste interno y descontento en amplios sectores de la sociedad que, a partir de ese quiebre, manifestaron su disconformidad. Estas dificultades no se superaron con tiempo para dar el debate necesario sobre los límites del modelo progresista.

Ante la crisis del 2008, la situación de la interna y la retracción de la militancia, la fuerza política tuvo dificultades para elaborar una propuesta de futuro acorde a los cambios económico-culturales del país, una propuesta convocante y un discurso que lo expresara cabalmente. Necesitaba, entre otras, la mirada de la militancia que participando activamente y con inserción en los sindicatos, las organizaciones sociales más diversas, los agrupamientos populares y los territorios, volcara en la organización política las diferentes problemáticas y propuestas para ser escuchadas y discutidas. Faltó el ida y vuelta. No se atendió la mirada de la militancia, convencida del proyecto, construyéndolo desde abajo, aportando a generar conciencia y en consecuencia, sumando voluntades.

El Frente Amplio es uno de los ejemplos más democráticos de organización política de la izquierda, con una estructura que habilita la participación consultiva, decisoria y ejecutiva de todas y todos los ciudadanos por igual desde la base social. Es una herramienta fundamental de transferencia del poder a la sociedad organizada. Es clave reforzarla desde la base y apostar a su permanencia como factor decisivo para desplegar procesos de cambios radicales en nuestra sociedad.

Para lograrlo se necesitó, se necesita y se necesitará construir un Frente Amplio en proceso de autocrítica permanente, discutiendo, respetuoso de la democracia interna, que se presente ante la sociedad con un discurso coherente y unitario, fiel al mandato fundante de ser herramienta de transformación integral de la realidad. En definitiva, un instrumento político eficaz, constructor de militancia comprometida con el proyecto, cualquiera sea el rol que se cumpla dentro de la organización.

V) OTROS ÉNFASIS PARA LA DISCUSIÓN DE AUTOCRÍTICA Y PERSPECTIVAS

1) ÉTICA Y CONDUCTA POLÍTICA

- Marco de referencia

La discusión sobre ética y conducta política hace al enfoque global de este debate y se encuentra íntimamente relacionada con los demás capítulos de este documento. Elaboramos la reflexión sobre este tema desde nuestra identidad, asumiendo la diversidad propia de la fuerza política que integramos, y definiendo nuestra perspectiva ética conscientes de que no es

coincidente con los valores hegemónicos del capitalismo, que en consonancia con el poder económico e ideológico que detentan las clases dominantes, ubican el prestigio, el poder como posesión y violencia, y el consumo como referencias fundamentales. Estos parámetros también nos atraviesan en tanto sujetos formados en esta sociedad.

La propuesta de transformación de la sociedad que sustentamos implica opciones valorativas. Estas opciones se fundamentan en la idea de que el ser humano concreto es el valor fundamental a defender, de la que se desprenden a su vez una serie de definiciones y orientaciones a valores que se sienten más acordes con la dignidad de la persona humana, los que no están separados de las luchas, ni por encima del ser humano concreto y la historia concreta, sino que se refieren al accionar vivo en la sociedad misma. De allí que nuestra posición no sea en absoluto neutral en los conflictos sociales, porque la defensa del ser humano concreto y su dignidad en una sociedad fundada estructuralmente sobre la explotación, la opresión y la discriminación, supone una opción radical por las víctimas, un mirar y construir desde ellas, con el objetivo de superar un sistema injusto, que avasalla la dignidad humana, y construir una sociedad de nuevo tipo. En el mismo sentido, el cambio social implica la difusión de un nuevo universo de valores en la sociedad, expresado en una nueva cultura y la construcción de un consenso democrático en torno a ese nuevo sistema de valores.

En este marco podemos afirmar que medios y fines están indisolublemente unidos. Los fines, vale decir el proyecto y los valores éticos, le dan sentido al proceso. En nuestra ética los fines no justifican los medios. Dicho de otro modo, los fines son la síntesis de los medios que se emplean para llegar a ellos.

De estas definiciones se desprende también el compromiso de prefigurar en nuestra vida la sociedad que queremos construir, buscando encarnar y asumir los valores que identifican nuestro proyecto político, lo que implica mantener una conducta personal íntegra tanto en la actividad pública como privada.

En cuanto al ejercicio de responsabilidades de gobierno reivindicamos una serie de exigencias para su desempeño, que son mucho más amplias y estrictas que las legales, en tanto las tareas de gobierno y representación se asumen como compromiso militante y deben estar regidas siempre por las definiciones colectivas y sometidas a los más altos estándares de transparencia y control social. Para nosotros y nosotras quienes ejercen cargos orgánicos o de responsabilidad a nivel del Estado deben hacerlo con dedicación y eficacia, velando por la corrección y la transparencia, combatiendo todo tipo de corrupción o permisividad que aliente cualquier posibilidad de usufructuar ventajas personales. El acceso a los cargos públicos no puede ser objeto de intereses parciales ni es un privilegio. Es un servicio a las y los ciudadanos a los que se representa o gobierna y debe ejercerse con la mayor austeridad, responsabilidad y

lealtad para con los representados.

De todo lo anterior se deriva que la política bien entendida no es para nosotros compatible con el oportunismo o el tacticismo que hace de las maniobras de ocasión el principio y el fin de la acción. Por el contrario, la búsqueda de la coherencia es fundamental, y la tensión entre convicciones y responsabilidades, o entre fidelidad a los principios y eficacia o cálculo de consecuencias de las acciones, no puede traducirse en una contraposición o disociación que se exprese en “dos éticas”. Tampoco cabe una separación entre ética de lo público y ética de lo privado.

La ética que referencia nuestras acciones es una y en la articulación entre convicción y responsabilidad, y entre medios y fines, se define la verdadera radicalidad de nuestra praxis política. Transitar esa tensión es no sólo inherente a la actividad política sino en general a la vida humana, en la que no nos enfrentamos a formas de manual o tipos ideales que puedan abordarse mecánicamente en base a esquemas abstractos y rígidos, sino a situaciones concretas, en general abiertas, complejas y susceptibles de diversas interpretaciones y respuestas. El apego a los colectivos, con debate democrático y síntesis, es la forma en que concebimos el camino que hace posible un adecuado discernimiento de los conflictos de valores que con frecuencia se nos presentan. Por eso sostenemos como Enrique Dussel, que lo político se desnaturaliza o corrompe cuando el poder se ejerce de forma autorreferencial, rompiendo lazos con el proyecto y los colectivos que le dan sustento y sentido a la representación.

Autocrítica

Somos conscientes que quienes desempeñan funciones de mayor responsabilidad en el Estado se enfrentan a un enorme desafío a la hora de tomar decisiones por los condicionamientos de la celeridad, del propio sistema y del aparato del estado, y por las consecuencias de sus decisiones sobre conjuntos muy importantes de personas, heterogéneos y muchas veces con intereses incluso contrapuestos. Además reconocemos la tensión adicional que implica el hecho de que a veces nuestras convicciones individuales no coincidan con las posiciones mayoritarias en los ámbitos que integramos. Obviamente esto es común en la militancia de izquierda y sus organismos colectivos de decisión. De todos modos, abundan los ejemplos de compañeros y compañeras que, sin negar su posición, no atentan contra las resoluciones orgánicas.

Si bien cada uno de los tres gobiernos del Frente Amplio fueron distintos, visualizamos que muchas veces, priorizando las dinámicas de la gestión o el cortoplacismo electoral, tuvimos temor a dar ciertos debates sobre convicciones y principios que nos permitieran trascender inercias y modos instalados. Como ya hemos señalado, aunque en lo inmediato

puede parecer que conviene guiarnos por lo que aparentemente “rinde electoralmente”, algunos episodios marcan que esa forma de razonar y actuar puede tener también consecuencias electorales negativas, producto del desdibujamiento y la erosión de imaginarios y de colectivos concretos. Se hace necesario pasar de la política como arte de lo posible a la política como arte de hacer posible lo necesario, aunque a veces parezca imposible. Esta actitud se diferencia tanto del posibilismo propio del realismo capitalista como del idealismo abstracto. Asumirla implica a su vez la decisión de desafiar de forma permanente modos instalados de pensar y construir el poder propio de los hegemónicos - egoístas, centralistas, violentos, machistas – que son un límite para gestar realidades nuevas.

Las expectativas de prestigio o estatus individual y las tentaciones del elitismo, inherentes a la política tradicional que criticamos, no estuvieron ausentes de estos 15 años, como tampoco la falta de referencia colectiva al momento de la designación de jerarcas. Al respecto reivindicamos la concepción del poder como construcción colectiva y relacional, como instrumento de creación de una sociedad justa y democrática, que rechaza la noción del poder por el poder mismo. En el ejercicio del poder del Estado, como ya lo hemos planteado más arriba, sufrimos por momentos procesos de burocratización que nos alejaron y aislaron de nuestra base social, y que también hacen al debate sobre la ética en las circunstancias de gobernar. Esta interpelación no cabe sólo a los dirigentes y gobernantes, sino al conjunto de la organización política, con distintos niveles de responsabilidad. Hacer “política con” y hacer “política para” son dos enfoques de construcción muy distintos, y muchas veces equivocadamente planteamos y defendimos proyectos valiosos “desde arriba” con una articulación inadecuada de medios y fines. Hemos hablado con ajenidad de los sujetos sociales del cambio y por momentos hemos confundido al sujeto protagonista de la política con objeto de intervención o destinatario. Apelamos en el futuro a construir con los demás, escuchar, ser más contundentes y coherentes en la apelación a la autonomía y las capacidades de las personas y las comunidades para incidir desde sus propias necesidades, deseos y esperanzas en la producción, evaluación y control de la política, no tomar decisiones solos. Lo fundamental es transferir poder en un sentido democrático y que en nuestro accionar, lo colectivo esté por encima de lo individual.

Durante los 15 años existieron también dentro de nuestro Frente Amplio desvíos en la conducta individual de algunos compañeros y compañeras, tanto en el uso de recursos públicos como en el cumplimiento de sus obligaciones con la fuerza política, pasando por la frivolidad o falta de coherencia entre el decir y el hacer.

El Frente al que pertenecemos es una organización plural donde las convicciones individuales son muy diversas, así como también las concepciones y objetivos finalistas de los distintos partidos, movimientos y sectores que la integran. En cualquier caso, el cuidado de la

unidad política no puede ser una excusa para justificar prácticas que se alejen de la conducta exigible a un militante de izquierda. En este campo como en los demás el miedo al debate, la autojustificación o la tentación de no darlo “para no abrirle espacio a la derecha” no son ni serán nunca una actitud que nos permita superar nuestros propios errores y desviaciones.

Perspectivas

Respecto del futuro coincidimos en la necesidad de ejercitar el hablar franco y desde el respeto, el cuidado y la escucha del otro/a, a la hora de seguir profundizando en el debate y la conversación sobre estos temas. Concluimos además que es imperiosa la necesidad de trabajar, no sólo en la teoría sino en la práctica y a través del acceso y la creación de diversos bienes culturales y educativos, en el proceso de cambio cultural que posibilite un nuevo consenso democrático sobre valores alternativos a los dominantes.

En la misma línea, es imprescindible apuntalar la formación ética y política integral de nuestra propia militancia, ejercitando el sentido de lo colectivo, cultivando la sensibilidad, promoviendo el debate ideológico, incentivando y valorando el pluralismo, forjando – desde lo más micro a lo más macro - modos no patriarcales ni capitalistas de construir y ejercer el poder, favoreciendo la crítica y la autocrítica constantes, propiciando la consolidación de una disciplina consciente y preparándonos también desde esa perspectiva para un adecuado desempeño de diversas tareas políticas, entre ellas la de gobierno. Estas líneas de trabajo son fundamentales en sí mismas, y además el abordaje punitivo por sí solo no garantiza mejores resultados en materia de conducta política.

A su vez consideramos necesario definir con más precisión el ámbito de los problemas éticos, abordándolos en lo concreto y deslindándolos de otro tipo de problemas políticos. Se entiende que los organismos estatuidos para entender sobre temas de carácter ético y de conducta política o los que se puedan generar, deben dar garantías y a su vez actuar con celeridad, y no deben ser desgastados o desoídos en sus recomendaciones. Es imprescindible garantizar la escucha y la respuesta rápida a cualquier denuncia o planteo vinculado con estas cuestiones.

De la reflexión que realizamos surge también la necesidad de tomar medidas más estrictas sobre la participación en listas electorales de compañeros o compañeras que han incumplido compromisos con la fuerza política. A su vez se ve necesario discutir la habilitación del uso del lema a sectores o grupos sin estructura orgánica y definiciones de principios, conformados en torno a expectativas electorales puntuales, evaluando la posibilidad de formular nuevas reglas que den respuesta a nuevas realidades y problemas. La hiper-fragmentación del Frente constituye un verdadero problema para la representación política y la legitimidad. A este fenómeno se le suma la ingeniería de los sub-lemas que, con

un diseño adecuado, maximiza los réditos electorales, logrando representaciones insólitas o por lo pronto inesperadas. Prácticas constatadas a lo largo y ancho del país que también han llevado a la pérdida de mayorías en algunas Juntas Departamentales, y que deberían interpelarnos desde el punto de vista ético y obligarnos a debatir sobre la amplitud razonable de expresiones electorales.

Lo mismo aplica a la creación de instrumentos que simbolicen o garanticen la potestad de la fuerza política de tomar decisiones sobre la permanencia o no de compañeras y compañeros en determinados ámbitos de responsabilidad. También es pertinente revisar los procesos de selección y designación de compañeras y compañeros para tareas de gobierno, contemplando la diversidad de trayectorias y procedencias que es saludable existan entre las y los compañeros asignados a funciones de confianza política dentro de un mismo ámbito del Estado, evitando por ejemplo la consolidación de cotos sectoriales.

En la misma línea, consideramos de fundamental importancia la implementación de mecanismos de rendición de cuentas permanente tanto para compañeras y compañeros con responsabilidades de gobierno como de conducción política. La fluidez en el vínculo y el respeto institucional a las orgánicas por parte quienes son designados/as para desempeñar responsabilidades en el Estado debe ser promovida, exigida y garantizada, al igual que su disposición a la escucha y el diálogo con las organizaciones sociales populares, y su compromiso con la promoción de la participación y el control social en sus ámbitos de gestión y decisión, contrarrestando así las tendencias a la ajenidad, la soberbia o el ejercicio autorreferencial o corporativo del poder, y estimulando la construcción colectiva. Para esto es preciso también generar ámbitos adecuados y climas fraternos que contribuyan a discernir de forma constructiva e informada los conflictos de valores que se presentan, así como para integrar distintos saberes y miradas, sin fundamentalismos ni autocomplacencias. Retomar una práctica de autocritica periódica en todos los ámbitos orgánicos, desde los organismos de base hasta la dirección, es clave para que esto sea posible. El fortalecimiento y jerarquización de los organismos y de los espacios de seguimiento del programa en la fuerza política, es crucial.

En lo que respecta a la agenda nacional es también relevante seguir trabajando sobre el tema del financiamiento de los partidos políticos, apuntando al financiamiento ciudadano. En la misma línea, es preciso continuar perfeccionando la normativa en materia de ética en el ejercicio de la función pública y combate frontal a cualquier tipo de corrupción.

Finalmente, entendemos que el tema de la relación entre la política y la sociedad, así como entre el gobierno y la fuerza política, que se abordan en otros momentos de este documento, se encuentran indisolublemente relacionados a la discusión sobre la ética y la conducta política. El debate más global sobre el rol del Estado y el papel de la gestión en el proceso de

transformación social, entendiéndolo como un proceso complejo, no lineal y donde intervienen múltiples actores y factores, pero que exige sobre todo la auto-transformación de la sociedad es por demás relevante. Al respecto insistimos en la necesidad de promover desde la fuerza política la inserción en el territorio y los diversos ámbitos sociales, con criterios de descentralización y de permanente intercambio entre dirigentes, gobernantes y base social, como parte de un mismo colectivo, así como la permanente discusión política e ideológica de los temas de la gestión, buscando evitar cualquier forma de burocratización y elitismo.

2) EL PROBLEMA DE LAS “DOS CULTURAS”

“No creo que exista -lo he discutido desde hace tiempo con mis compañeros- una cultura de gobierno y una cultura de oposición. El mejor ejemplo que puedo poner es el de Emilio Frugoni. Él vino acá con un compromiso de clase y dijo que iba a ocupar su banca como portavoz de la clase obrera, y fue consecuente con eso. Sin embargo, desde la oposición informó proyectos de gobierno y, desde luego, no tenía ningún inconveniente en aportar y señalar todo lo que estaba convencido que se debía realizar desde el gobierno; pero lo planteaba desde la oposición.”

Intervención de Guillermo Chifflet en la Cámara de Representantes, 6 de octubre de 2005

- **Marco de referencia**

En el marco de una democracia como la nuestra es evidente que gobierno y oposición tienen roles y funciones diferenciadas en lo que a la administración del Estado y al sistema de controles previstos en el sistema de gobierno respecta. Derivar de esas posiciones *culturas*, en términos de construcciones simbólicas y de prácticas, es sin embargo un movimiento distinto.

Si la cultura surge de una práctica social y de una realidad, como un conjunto de pautas, conductas, creencias, costumbres, rituales, etc., si tiene aspectos conscientes e inconscientes y si como decía Engels “la realidad no se ve igual desde una choza que desde un palacio”, puede suceder que las condiciones en las que se desarrolle la militancia gesten elementos culturales diferentes. Si existe una base ideológica común, un proyecto compartido, y si la fuerza política funciona como un espacio de diálogo, intercambio, debate y formación se pueden sintetizar todas las experiencias.

Para una organización de izquierda no es un síntoma de salud el ejercicio disociativo en

el que los diferentes espacios en los que nos movemos se incomunican, corporativizan o desvalorizan recíprocamente por lo que la tarea de síntesis exige de un trabajo permanente.

- **Autocrítica**

Reconocemos autocríticamente que durante estos años las tensiones que hemos relatado hasta ahora no se han tramitado de la mejor manera y que por momentos las diversas experiencias de militancia tendieron a aislarse y a autoafirmarse en espacios concretos, llegando incluso al enfrentamiento. El ejercicio de gobierno enfrentó a la izquierda a lidiar con elementos que desconocía en su profundidad y nuestros militantes tuvieron que enfrentarse a un entramado denso de relaciones de poder en el seno del Estado urdido en decenas de años de gobiernos burgueses con una legalidad pensada para conservar el orden establecido. Esto diferencia al Frente Amplio opositor del Frente Amplio gobierno y da sustento al relato de los dos culturas.

Autocríticamente reconocemos que las tensiones antes descritas no han sido administradas de la mejor manera y una de sus razones puede radicar en haber concebido el poder casi exclusivamente en la órbita del Estado y no reconocer aquel que se gesta desde la sociedad, que no se posee ni radica en un lugar, sino que se produce colectivamente y circula.

En reiteradas oportunidades nos escuchamos decir que éramos una fuerza política “de gobierno” y no “en el gobierno” y el hecho de no haber asumido la contingencia de esa situación hizo que nos confiáramos demasiado en la permanencia de los cambios que habíamos implementado.

- **Perspectivas**

Hoy en día, a pocos meses de haber asumido un nuevo gobierno con características autoritarias y neoliberales asistimos a un proceso precipitado de desmantelamiento de conquistas democráticas de las grandes mayorías. Este proceso además viene de la mano de la construcción de un relato amplificado por los medios de comunicación que han demostrado que constituyen no sólo una alianza con el gobierno de derecha sino que integran orgánicamente el entramado de intereses que le da sustento.

En este contexto, parece que al Frente Amplio le cuesta ubicarse en su nuevo rol y existe en su seno un nivel de dispersión que conspira contra la eficacia de su acción política. Las discusiones sobre cargos y espacios institucionales parecen concitar otra vez demasiada

atención y al respecto se torna fundamental, atendiendo lo hecho pero pensando en el futuro, poder construir criterios serios para llevar adelante las designaciones para responsabilidades concretas y hacer un seguimiento de los cuadros en el gobierno con rendiciones de cuentas periódicas y garantizando el cumplimiento de sus compromisos con la fuerza política.

Es necesario generar una oposición honesta y fiel al proyecto. Debemos pensar en qué tipo de oposición queremos ser en estos cinco años para ser al mismo tiempo alternativa de gobierno, asociando a nuestras responsabilidades obligaciones claras y repensando los dispositivos y mecanismos de articulación con la sociedad que nos faltaron en este tiempo.

En este camino, retomando las palabras de Chifflet sobre Frugoni, no tendríamos complejos para acompañar cualquier iniciativa que beneficie a la clase trabajadora y a las mayorías sociales, tampoco para hacer referencia a nuestros errores o a los flancos que dejamos abiertos. No creemos en la tesis de los dos lados del mostrador, que puede ser tributaria de esa lógica de “las dos culturas”, sino que nuestro lugar son los intereses de las y los trabajadores y los sectores populares. Gobierno y oposición son escenarios en los que se despliegan la lucha y las tensiones, pero no nuestra pertenencia y referencia política fundamental. Incluso durante los gobiernos del Frente Amplio hemos reivindicado la posibilidad de marcar las diferencias cuando entendimos que nuestras acciones se alejaban de nuestro proyecto de sociedad.

3) INTERSECCIONALIDADES. INTERIOR, GÉNERO Y GENERACIONES.

“La desigualdad social en nuestro país está fuertemente condicionada por su matriz productiva. De este modo, el primer y más básico determinante de la desigualdad proviene de las distintas inserciones en el mundo de la producción y el trabajo y las estratificaciones que de ello derivan. No obstante, las desigualdades de género, las étnico-raciales, las relacionadas con las diferentes etapas del ciclo de vida de las personas y las territoriales también constituyen ejes estructurantes de esa reproducción de desigualdad.”

Bases Programáticas del Frente Amplio 2020 - 2025, p. 75.

- **Marco de referencia**

El concepto de interseccionalidad -acuñado en 1989 por Kimberlé Crenshaw-, es una herramienta de la que no podemos prescindir para evaluar y proyectar los procesos de transformación social con un verdadero sentido de justicia. La interseccionalidad identifica la

coexistencia de diversas formas de opresión interviniendo en una situación. El citado fragmento de las Bases Programáticas de nuestro Frente Amplio, reconoce que como organización política de izquierda, la pertenencia de clase -resultado de las relaciones de producción- ha sido y es el eje vertebrador en nuestra identificación y acción. A su vez sostiene que la transformación de la sociedad a la que aspiramos necesita contemplar también las opresiones de género, generaciones, por ascendencia étnico/racial, pertenencia territorial, identidad/orientación sexual, discapacidad, entre otras.

En este apartado de autocrítica nos proponemos pensar dos cuestiones fundamentales en torno a dicho planteo:

1. ¿En qué medida las políticas desarrolladas y las proyectadas, tuvieron en consideración la interseccionalidad de las opresiones mencionadas?
2. ¿Cuán presente se encuentra esta perspectiva en la estructura y funcionamiento interno de nuestra propia fuerza política?

- **La interseccionalidad en las políticas de los gobiernos frenteamplistas**

Nuestra fuerza política en sus diagnósticos sobre la forma en que se constituye y organiza la sociedad capitalista, reconoce que *“La confluencia de múltiples desigualdades y discriminaciones caracteriza a los «núcleos duros» de la pobreza, de la vulnerabilidad y de la exclusión social y económica, y hace que persistan y se reproduzcan.”*. En este sentido se crearon una serie de políticas de carácter universal, que se complementaron con otras de carácter focalizado y con acciones afirmativas para hacer posible el ejercicio de derechos a poblaciones históricamente oprimidas y vulneradas.

Sin embargo, luego de 15 años de gobiernos frenteamplistas, la pobreza sigue concentrada en infancia y adolescencia, en mujeres, en afrodescendientes, territorialmente tiene mayor incidencia en la periferia de Montevideo y en los departamentos del norte/noreste del país, las mujeres y jóvenes tienen mayores cifras de desempleo y remuneraciones menores, los cuidados siguen siendo una tarea que mayormente asumen de forma no remunerada las mujeres, las víctimas de violencia intrafamiliar son mujeres, niñas y niños, la permanencia y egreso en la educación de población con discapacidad y de afrodescendientes es menor que la de la población en general. No desconocemos los avances históricos en muchas de estas áreas, pero la autocrítica nos exige hacer foco en lo que falta y por tanto lo que nos duele como sociedad y como proyecto político. Con el siguiente fragmento, el programa del Frente Amplio marca un compromiso hacia delante: *“Podremos cumplir el objetivo de reducir las desigualdades socioeconómicas sólo si somos capaces de identificar y reducir hasta eliminar las brechas de género, intergeneracionales, étnico/raciales y territoriales.”*. Y posteriormente enumera algunas cuestiones pendientes a abordar desde el gobierno:

- la lucha contra la violencia de género como prioridad política, aumentando la inversión para la aplicación de la Ley Integral contra la violencia basada en género N° 19.580.
- combatir el racismo y xenofobia promoviendo el acceso a la vivienda, el trabajo, la seguridad social, la salud y la educación.
- avanzar en el reconocimiento y pleno derecho a la diversidad sexual profundización del proceso de transformación de las instituciones educativas, el SNIS, entre otros.
- la integración de la población con alguna forma de discapacidad con planes sectoriales en materia de salud, educación, vivienda y trabajo, así como un Plan Nacional de Accesibilidad.
- el ordenamiento territorial, la construcción de ciudades integradas y no segmentadas, la transferencia de recursos y responsabilidades, así como el despliegue coordinado de las políticas públicas en el territorio deben asegurar la igualdad de oportunidades y la satisfacción de las necesidades a la ciudadanía en todos los rincones del país.

Los gobiernos frenteamplistas en muchos casos fueron los que abordaron estas problemáticas por primera vez en la historia del Uruguay. Sin embargo, nos convoca pensar cuáles fueron los frenos a los impulsos desplegados.

En primer lugar, podríamos pensar que se trató de una falta de sensibilización y formación desde esta perspectiva en los y las compañeras frenteamplistas con responsabilidades de gobierno. Esto puede explicar que las políticas no lograran la transversalidad necesaria -reduciéndose sectorialmente a algunas áreas del Estado-, o que tuvieran buenas formulaciones normativas y planes, pero en algunos casos carecieran de asignaciones presupuestales acordes a los fines deseados.

En segundo lugar, consideramos que -como ocurrió en otras áreas de la gestión de gobierno-, se prescindió en ocasiones de las miradas de los colectivos organizados implicados. En la etapa de formulación de las políticas focalizadas o las acciones afirmativas, en general se procuró diálogos bastante fluidos con movimientos feministas, de la diversidad sexual, afrodescendencia, asociaciones en torno a la discapacidad, etc. Sin embargo, en instancias de aprobación de las propuestas, implementación y evaluación este nexo tendió a debilitarse.

Cuando hablamos de la necesidad de que el Frente Amplio esté en contacto con los movimientos sociales, tenemos el deber de preguntarnos ¿cuál es la interacción, participación, apoyo o escucha con los movimientos feministas? ¿con movimientos juveniles? ¿con agrupaciones y asociaciones cuya fuerza radica en el interior? Debemos reconocer que la potencialidad de los movimientos sociales emana justamente de su capacidad de expresar las múltiples demandas de una sociedad plural y compleja, a veces no reconocidas o no expresadas

por los partidos políticos o incluso entrando en contradicción con los mismos. La gestación del poder popular no se detiene nunca, se esté en la oposición o en el gobierno y una de sus dimensiones pasa por potenciar a las organizaciones sociales del campo popular.

En tercer lugar, entendemos que hubo fallas en la generación e instalación de un discurso lo suficientemente extendido en la sociedad, sobre la interseccionalidad de las opresiones. Por el contrario, en el discurso hegemónico perviven ideas meritocráticas que ignoran o invisibilizan obstáculos y barreras que afectan a las poblaciones más vulneradas.

Ejemplo de ello son:

- algunos colectivos religiosos de impronta regresiva y reaccionaria, que ganan terreno en lo social, de la mano de la derecha, que combaten la “perspectiva de género” y la lucha contra la desigualdad en las relaciones de género estigmatizándolas como “ideología de género”, legitimando la opresión de las mujeres y de colectivos históricamente discriminados, oponiéndose a la educación sexual para niñas, niños, adolescentes y jóvenes, negando los derechos de la población trans.
- la derecha liberal, señalando que la inversión del Estado en políticas sociales es un gasto que hay que reducir, erosionando la imagen de las instituciones públicas que encabezan la matriz de protección social, obstaculizando cuando el Estado procura extender esta perspectiva más allá de lo público, esgrimiendo que las políticas compensatorias como becas educativas y cuotas laborales no hacen justicia a los esfuerzos y los talentos de las personas.
- la derecha autoritaria, posicionando a las y los jóvenes pobres en el lugar de delincuentes, como en la campaña por la baja de la edad de imputabilidad de 2014. Las reacciones a este intento se hicieron sentir desde diversos lugares, pudiendo dar cuenta de una interesante experiencia de construcción de discurso contrahegemónico. Los movimientos sociales y el Frente Amplio encolumnados en la campaña “No a la Baja”, la cual dio cuenta de la capacidad de reconvertirse a los espacios de militancia tradicionales para incluir nueva militancia. Y por otro lado el gobierno posicionándose junto a los más vulnerados y reivindicando la consigna “ser joven no es delito” -nacida en el retorno a la democracia en el contexto de las razias- para las correccaminatas del INJU.

- Interseccionalidad en nuestra propia fuerza política

En este apartado miramos hacia la estructura y funcionamiento del Frente Amplio, preguntándonos cuán presente se encuentra esta perspectiva que identificamos como deseable para la sociedad. ¿Existen mecanismos para fomentar la participación y el acceso a espacios de decisión de compañeros/as del interior, de mujeres, de jóvenes y de otros colectivos afectados estructuralmente por situaciones de opresión? Realizando una mirada preliminar, encontramos que sí existen algunas estrategias concretas para incluir a algunas de estas poblaciones, pero no a otras.

En el Frente Amplio, en lo que respecta a lo discursivo, se han realizado importantes avances. El VI Congreso “Rodney Arismendi” en 2016, incorporó definiciones de “antipatriarcal y antirracista” a sus valores compartidos. En dicha instancia además sustituyó el concepto de “violencia en el ámbito doméstico” por “violencia de género” y se comprometió con el rechazo de la “violencia institucional” hacia las mujeres.

- Interior:

En lo que refiere a lo territorial, el Frente Amplio cuenta con Departamentales, las cuales tienen su anclaje concreto en coordinadoras/zonales, comités de bases y las bases de los partidos, movimientos y sectores de la coalición. Luego del proceso electoral hay Departamentales que han quedado muy frágiles, y por ende deben atenderse y fortalecerse.

El gran desafío para la izquierda es dejar atrás una mirada paternalista hacia el interior, trabajar con dedicación en todos los Departamentos y comprender que hay que nacer y vivir en los distintos interiores para realmente conocerlos. El reclamo del interior se extiende a las capitales departamentales donde también existe desconocimiento de realidades e idiosincrasias de localidades del interior profundo que quedan evidenciadas tanto en las acciones de la fuerza política como en los diseños de campaña. Por ello, sólo trabajando con las comunidades y desde el interior mismo podrá finalmente dimensionarse como se piensa, siente y razona en cada una de estas realidades. En este camino es vital superar la dicotomía área metropolitana/interior; capital departamental/resto de las localidades.

Proyectar al FA hacia el conjunto de la sociedad requiere indudablemente superar nuestras tensiones y pujas sectoriales. No quiere decir esto que existan valoraciones y miradas diferentes ante los temas del quehacer político, éstas son siempre válidas y son el motor de los desafíos. Debemos evitar que las diferencias se transformen en escollos y barreras para la fortaleza política del Frente, para mantener el entusiasmo militante, para seguir identificándose. Una fuerza que promueva una construcción política que nos permita un accionar en todo el país, requiere cohesión interna, respeto y valoración de las y los compañeros, sean de la corriente o el territorio que sean.

En primer lugar, debemos generar un nuevo ambiente de militancia y debate político, buscar reintegrar a las y los valiosos compañeros que se han alejado de la militancia pero que escucharon el llamado en el “voto a voto”, también en el interior.

Se falló a la hora de sintetizar políticamente todo lo realizado en el interior, la política pública y acciones sociales tendientes a mejorar las condiciones de las poblaciones más olvidadas. Fue débil la presencia de la fuerza política en el interior, como débil la interacción entre compañeros del gobierno con la base militante ya sea por lo escasas de las mismas o por el simple hecho de la utilización de un lenguaje poco cotidiano que dificultaba el entendimiento y la comunicación.

La necesidad de una construcción basada en la escucha y la síntesis, y no “desde arriba”, que mencionamos antes, incluye particularmente a decisiones relacionadas con el territorio y la heterogeneidad de sus realidades. Éste desafío también involucra a las organizaciones sociales, pues el comportamiento en los territorios es diferencial. Hay un menor desarrollo de organizaciones sociales y menor estructuración del movimiento popular en el interior del país y ello condiciona el accionar político y social.

Comprender estas situaciones, que se reflejan en las movilizaciones, y que se expresaron en los resultados electorales a nivel nacional, departamental y municipal, es crucial. En las definiciones sobre la impugnación de la LUC, hay que tenerlo presente. En la definición de la estrategia de campaña de recolección de firmas y en la movilización general hay que considerar esa realidad y no ampliar las diferencias entre la ciudadanía del área metropolitana y del interior. Ampliar las diferencias o fragmentar la población en el territorio es algo que sólo favorece al bloque dominante, el cual tiene mediante el uso de los medios masivos de comunicación y la cultura tradicional y de clientelismo, un enorme poder de manipulación e incidencia.

Insistimos en la necesidad de promover desde la fuerza política la inserción en el territorio y los diversos ámbitos sociales, con criterios de descentralización y de constante intercambio entre dirigentes, gobernantes y base social, como parte de un mismo colectivo, así como la permanente discusión política e ideológica de los temas de la acción de gobierno, buscando evitar cualquier tipo de burocratización y elitismo.

Nos debemos el salto cualitativo y cuantitativo como organización política para reforzar nuestra estructura en el interior. Debemos fortalecer el trabajo y la presencia en el territorio incluyendo en la estructura central una Comisión que atienda la agenda de prioridades de los ciudadanos y ciudadanas del interior del país, con sus particularidades y heterogeneidades de manera tal de incluirlas en nuestra discusión y estrategia nacional.

Conscientes de que en aquellos Departamentos en los que accedimos a la Intendencia, muchos cuadros pasaron a desempeñarse en el gobierno, priorizando el desempeño de estas responsabilidades por sobre otras tareas políticas y por ende debilitando la estructura del Frente Amplio y sus ámbitos de discusión y debate, se hace imprescindible apuntar a la formación que nos prepare para un adecuado desempeño de diversas tareas políticas, de manera de garantizar mejores resultados en materia de conducción y despliegue militante.

Por otro lado, el Frente Amplio ha promovido históricamente la descentralización y muestra de ello son los Municipios, su creación y la asignación creciente de recursos durante el proceso, pero es imprescindible estar alertas sobre el mal uso de una política descentralizadora y de promoción de la participación para potenciar el caudillismo y sus prácticas clientelares. Basta observar los resultados electorales y el importante porcentaje de votos en blanco en lo municipal para concluir que ésta es una cuestión que debemos integrar al debate.

Debemos jerarquizar la descentralización y la política ejercida con autonomía desde y en lo municipal. La cultura política dominante prioriza los grandes temas nacionales y desestima los locales, las particularidades de esos “interiores” y de cada una de sus localidades. La propia estructura organizacional del Frente Amplio no ha jerarquizado adecuadamente esta dimensión de la política. Debemos repensar los diseños y funcionamientos para que efectivamente reflejen una verdadera apuesta al interior y a las realidades municipales, pero además hacerlo de manera tal de evitar que se transforme en campo fértil para que organizaciones que integran la coalición busquen por esa vía aumentar su capacidad de incidir en las cuestiones nacionales, relegando también la política local y descentralizada.

- **Juventudes:**

Sobre la participación juvenil, el Frente Amplio no tiene estatutariamente resuelto el tema con la conformación de espacios orgánicos específicos. Los y las jóvenes suelen integrarse a la fuerza política adhiriendo a un comité de base. Luego, al reconocer que el trabajo entre pares es mucho más motivante y ameno y se dan formas de organización más o menos elaboradas, en coordinadoras/comisiones locales de jóvenes, coordinaciones departamentales y hasta intentos de coordinación nacional. Estos han tenido variadas duraciones en el tiempo y una tendencia a la predominancia de la capital por sobre el interior.

En el Plenario Nacional de noviembre de 2011, se estableció en las disposiciones transitorias la conformación de una comisión para elaborar “una propuesta sobre la forma de organización de la Juventud del Frente Amplio”. La propuesta llevada adelante por esta comisión se aprobó en el Plenario del 2 de agosto de 2012, incluyendo una serie de “actividades enfocadas a generar y fomentar la más amplia participación de los jóvenes”, en cinco ejes de trabajo, con miras a un Encuentro Nacional de Jóvenes Frenteamplistas en 2013. Posteriormente las y los jóvenes nucleados en estos espacios trabajaron fuertemente de cara a lograr el tercer gobierno frenteamplista. En la pasada campaña este espacio de coordinación resurgió pero volvió a tomar acciones principalmente en torno a la Unidad Temática de Juventud y luego a la campaña ante la situación adversa que atravesábamos con riesgo de perder el gobierno nacional. Esto implicó que no se profundizara en cuestiones estratégicas de más largo plazo de cómo involucrar a la juventud, ni darse una estructura.

¿Cuáles son las dificultades que puede entrañar la construcción de un espacio de militancia juvenil en el FA? Algunas podemos enunciarlas en base a otras experiencias. Por ejemplo: la falta de acceso a recursos económicos propios para el sostén de la organización juvenil, desacuerdos producto de las brechas generacionales y los roles que se esperan de los y las jóvenes en la militancia, la necesidad de mostrar de forma atractiva la militancia a los y las jóvenes que se encuentran por fuera de la política partidaria, el reconocimiento de la diversidad juvenil evitando configurarse una organización a medida de “un tipo de joven”. En este sentido

es importante destacar la diversidad de lo juvenil. La juventud no constituye una categoría homogénea. No todos los/las jóvenes asumen iguales trayectorias de vida, operando también a su interior diversos condicionamientos como los que venimos analizando (de clase, de procedencia territorial, de género, etc.). Por eso afirmamos que es imprescindible contemplar esa pluralidad, integrando la diversidad de adolescencias y juventudes.

- Mujeres:

Con respecto a la participación de las mujeres, el FA fue impulsor de la Ley de Cuotas que rige en Uruguay desde 2009. Posteriormente el plenario del FA del 8 de julio de 2017 aprobó la paridad como criterio para todos los cargos electivos. En el documento aprobado el FA “asume la representación igualitaria de hombres y mujeres en todos los cargos electivos que se postulen”. Sin embargo, la forma de aplicación y las consecuencias de su no cumplimiento generaron dudas. Esto nos hace preguntarnos si estas definiciones son únicamente declarativas. ¿Es real el interés por la participación paritaria?

En el marco de la finalización de la XLVIIIª Legislatura, la presidencia de la Cámara de Representantes presentó un informe sobre las dificultades en la paridad de la participación política. Si bien la ley de cuotas desde las elecciones de 2014 obliga a los partidos a que cada tres personas que integran una lista, una sea mujer, el informe plantea que *“dada la realidad de nuestro país, en el interior nunca resultan electos dos cargos de una misma lista en un departamento, por lo cual, aún con la paridad, si las mujeres no encabezan las listas, difícilmente sean electas”*. Así se llega a la conclusión de que no va a mejorar significativamente el porcentaje de representación femenina en el Parlamento.

En un reciente informe partidario, se reflexiona en el mismo sentido. Plantea que estos cambios en las reglas de juego, no siempre surten el efecto deseado, ya que *“La multiplicidad de listas ha sido también un obstáculo en la representación de mujeres en el parlamento. (...) la mayoría de las listas del FA fueron encabezadas por hombres, lo que se traslada en que debido a que muchos sectores tan sólo acceden a un lugar, las mujeres quedan excluidas.”*

En el espectro político uruguayo se han dado situaciones en que se cumple con las cuotas en las listas pero no se hace efectiva la paridad al momento de ejercer los roles. Esto es inadmisibles y nos interpela.

Con este diagnóstico es evidente que el marco normativo no es suficiente y nos debe impulsar a hacer cambios más profundos. Normas y prácticas deben seguir transformándose. Como frenteamplistas debemos preguntarnos ¿las voces de las mujeres se hacen sentir con igual intensidad que las de los varones en nuestra fuerza política? ¿Las caras visibles y referentes del FA son por igual varones y mujeres? ¿El FA se concentra de forma cotidiana en temas que afectan la vida de las mujeres y su situación estructural de vulnerabilidad?

Sin dudas, estos dispositivos o estrategias que propenden a la inclusión de militantes del interior, jóvenes y mujeres, incluyendo acciones afirmativas o institucionalidades focalizadas, son necesarias para pensar desde una óptica de integración política pero ¿son suficientes? ¿Qué sucede con otras poblaciones víctimas de exclusión en nuestra sociedad? ¿Tienen lugar dentro del FA?

- **Perspectivas**

¿Qué prácticas políticas excluyentes deberíamos erradicar del FA, para fomentar la participación del interior, de jóvenes, de mujeres y otros colectivos?

- Espacios de discusión política nacionales que se centran en los temas montevideanos.
- Encuentros presenciales que se realizan siempre en la capital del país. Las nuevas herramientas tecnológicas deberían ayudar a terminar con estas prácticas.
- Amplificación de las figuras políticas montevideanas, abrumadoramente superior al reconocimiento de liderazgos del interior.
- Afirmaciones como “retomar el contacto con el interior”, “comunicar mejor”. Estas desconocen la existencia de una fuerza política con militancia de base en todo el país y se posiciona de forma centralista, como un problema que se resuelve desde la capital, sin propender a un empoderamiento local real.
- Espacios de participación política que no prevén lugares de encuentro específicos para jóvenes, llevando a que su participación dependa de pelear espacios en total desventaja en ámbitos adultocéntricos.
- Espacios juveniles de coordinación nacional que ignoran sistemáticamente las particularidades del interior desestimulando la participación.
- Espacios juveniles que desconocen la diversidad de juventudes y no se adaptan a distintas situaciones de vida o subculturas juveniles.
- Encuentros de discusión, intercambio y definición política con horarios de funcionamiento y duraciones totalmente incompatibles con los cuidados, tarea que asumen mayormente las mujeres.
- Locales políticos que carecen de salas de lactancia y espacios de cuidados.
- Prejuicios respecto a la capacidad de las mujeres de ejercer liderazgos, por su condición de tales, ignorando sus desempeños.
- Que las adolescentes, mujeres jóvenes y las adultas deban soportar situaciones de acoso de sus propios compañeros de militancia, sean señaladas por cómo se visten, se expresan, que se cuestione cómo llegaron a espacios de decisión con argumentos machistas, etc.
- Que las mujeres que hayan padecido situaciones de violencia de género en

nuestra fuerza política tengan que pasar por mecanismos engorrosos para la denuncia, donde la lupa se ponga sobre ellas por cómo procesaron la situación de abuso, cuándo hablaron, si llevaron el tema a los ámbitos judiciales. Que deban esperar períodos muy largos para la resolución de estas situaciones y convivir con los violentos en una situación de impunidad.

- Espacios políticos que ignoran la multiculturalidad, ponderando una cultura y estética dominante.
- Espacios políticos que no ponen en su agenda cuestiones referentes a la discriminación racial, xenofobia, por discapacidad, entre otros.
- Locales políticos que carecen de infraestructura apropiada para el ingreso, desplazamiento y uso de baños para personas con discapacidad motriz.
- Inexistencia de documentos y de materiales de difusión accesibles (braille, videos subtitrados).

VI) A MODO DE CONCLUSIÓN

A modo de cierre de este aporte reproducimos aquí algunos de los contenidos del Documento síntesis de la discusión realizada por nuestro Comité Central el 8 de marzo de este mismo año, en el que se refieren resumidamente varios de los temas que a lo largo de este documento desarrollamos de forma más extensa y profunda. Incorporamos además otras reflexiones que se desprenden del análisis contenido en este material.

a) Definimos el marco internacional y regional de los últimos años como un contexto de enormes desigualdades, signado a su vez por las consecuencias de una lucha por la hegemonía mundial que tuvo a América Latina como escenario de esta disputa. Además de un proceso de larga duración caracterizado por el fortalecimiento del capital y las corporaciones transnacionales y el debilitamiento de la capacidad regulatoria de los estados nacionales a nivel global, ha recrudecido la alianza entre el capital financiero y los grandes medios de comunicación, se han producido cambios relevantes en los términos de intercambio y se han agotado algunos modelos distributivos. Simultáneamente hemos asistido a una crisis acentuada de la representatividad de la política institucional, a un avance del discurso antipolítico. al fortalecimiento de movimientos extremadamente conservadores, y a la emergencia de nacionalismos de ultraderecha como respuesta al proceso de globalización y a los malestares de la democracia. No obstante, se han expandido también algunas luchas vinculadas al feminismo, el ambientalismo y las agendas de derechos, así como otras expresiones de la movilización antisistema, en general con escasa incidencia de los partidos políticos. En lo que respecta al sentido común dominante en las sociedades capitalistas es notorio el auge del consumismo, el individualismo egoísta y las lógicas del miedo, el castigo y la estigmatización. La pandemia agrava y patentiza todas las contradicciones e injusticias del sistema capitalista

tanto a nivel global como en las diferentes sociedades incluyendo la nuestra. Queda de manifiesto que atender las reales urgencias en materia de salud, trabajo y necesidades básicas no es posible apelando a las lógicas insolidarias y privatistas de los mercados.

b) Sobre los procesos regionales entendemos imprescindible profundizar un análisis crítico y autocrítico de la deriva de los distintos proyectos progresistas y populares latinoamericanos. En este capítulo también incluimos la imprescindible reflexión sobre las debilidades y fortalezas democráticas de cada proceso, así como sobre las implicancias del deterioro de la credibilidad de los gobiernos y fuerzas políticas como consecuencia de desviaciones éticas. Señalamos también la fragilidad de los cambios en la base material de nuestras sociedades, y la enorme condicionante que significó la debilidad de la integración regional en materia productiva. En este marco, el enlentecimiento de un crecimiento económico muy dependiente de factores externos, sumado a la ofensiva de las clases dominantes y sus expresiones políticas, tuvo impactos sociales y políticos relevantes en la región.

c) En lo que refiere al contexto nacional señalamos la dificultad que tuvimos para anticipar algunos de los efectos del marco internacional y regional sobre nuestro proceso político. Consideramos además imprescindible reflexionar sobre la dificultad de establecer una relación virtuosa entre la política partidaria de izquierda, las políticas impulsadas desde el Estado y la sociedad, y sobre las tensiones inherentes a la articulación del Bloque Popular Alternativo y la construcción de hegemonía.

d) Más allá de las grandes conquistas de estos años, que cuidaremos y defenderemos como un legado, nuestros gobiernos tomaron algunas medidas que tensaron su base social y nuestra fuerza política tuvo dificultades para generar un diálogo fructífero con diversos actores que se tradujera en un cambio cultural que sostuviera las transformaciones y en una participación social activa a la hora de construir y defender las políticas públicas. Esto constituye un problema grave para quienes consideramos que las sociedades se transforman a sí mismas o no se transforman.

e) En los últimos cinco años, temas relativos a la situación económica y el desempleo, y a la inseguridad y la violencia, desgastaron al gobierno. Por otra parte, el fortalecimiento de los aparatos represivos y el avance de discursos y medidas punitivistas dentro del propio Frente Amplio generaron debates internos y desde nuestro punto de vista, condiciones que no favorecen el avance de una perspectiva nueva para el abordaje de los problemas de violencia y fragmentación

f) Advertimos las dificultades de funcionamiento y conducción colectiva de nuestro Frente Amplio, así como las resistencias a integrar al debate y la acción algunas miradas críticas e incorporar el protagonismo y la movilización de sujetos sociales como un

componente central para la acción transformadora de la izquierda.

g) Para encarar adecuadamente las tareas del futuro debemos profundizar en el análisis de las tendencias a la afirmación de proyectos individuales, así como a la burocratización, centralización y corporativización de la política -fenómenos que suponen la priorización de los espacios por sobre el proyecto-. Nos compete trabajar para remover las dificultades que se nos presentan al momento de procesar debates ideológicos de fondo y formular un relato de futuro, así como para el abordaje a tiempo de los problemas éticos y de conducta política, la renovación generacional y de género de liderazgos, el desarrollo de un trabajo político adecuado en el interior del país, entre otros factores.

h) La etapa que se inicia será de defensa de la democracia y las conquistas sociales, oposición a las políticas de derecha, y construcción de una alternativa popular. El compromiso del Partido Socialista y el Frente Amplio con la clase trabajadora, las mayorías sociales y los colectivos históricamente postergados y discriminados, implicará una praxis política permanente de articulación desde abajo y de politización de la vida cotidiana, promoviendo la organización social y la movilización para cuidar lo logrado y formular alternativas. Este movimiento supone una priorización del trabajo desde la clase trabajadora, las periferias y las situaciones fronterizas donde se expresan con más crudeza las injusticias sociales.

i) El rol opositor, después de 15 años de gobierno, nos compromete tanto con el ejercicio del contralor estricto sobre el gobierno como con el aporte permanente en la elaboración de propuestas y la denuncia firme de las políticas antipopulares. La nueva realidad que debemos afrontar nos exige además fortalecer la unidad y los espacios colectivos del Frente Amplio, poniendo a la fuerza política a la altura de los desafíos actuales.

Noviembre, 2020